

RESPUESTA A UN EX-CORRELIGIONARIO

por RICARDO VALDES

Abro un paréntesis en mi serie de artículos sobre el MINISTERIO LEGISLADOR (¡qué inconciliables resultan estos términos para un republicano de conciencia!) y me ocupo en contestar el último escrito de don Ismael Edwards Matte.

Falto de tema, con tra de llenar las consabidas dos columnas diarias, suscribe, este publicista micrométrico, las emprende hoy contra mí, en pretexto de defender a un Ministro Unionista del Gabinete decretado-legislador a destajo.—El señor Dávila es vicepresidente de los liberales unionistas.—El señor Edwards lo defiende de mis ataques contra su actuación de Ministro. Y titula su artículo: "Los Intereses Creados"...

Este señor Edwards me llama "distinguido amigo" en el propio artículo en que, aparte de demostrar no conocerme, revela no sentir amistad hacia mi persona. También me trata de correligionario para obligarme, por sus ataques, a no serlo. Me retiro de su bando para no sentirme solidario de inquisidores del corte de Dávila y de Edwards, en absoluto liberales.

En efecto, hoy he dirigido al presidente del Partido Liberal-Unionista, mi verdadero amigo, lleno de distinciones, don Ladislao Errázuriz, la carta que copio:

"Santiago, Noviembre 29 de 1924.

—Señor presidente: En vista de la actitud asumida en el Ministerio perturbador por don Oscar Dávila, miembro y vicepresidente del Partido, y de las insidiosas insinuaciones de hoy del director don Ismael Edwards Matte, contra mi persona, ruego a usted borrarle de la lista de correligionarios.

Con mis sentimientos de consideración y de adhesión personal para el señor presidente, quedo su seguro servidor.— (Firmado) Ricardo Valdés"

Si el Partido Liberal Unionista no pierde con mi retiro de sus tercios, yo, en cambio, gano en LIBERTAD PARA VIVIR ALEJADO DE LA POLITICA MILITANTE, EN UN AMBIENTE MAS SINCERO, LLAMANDO A LOS HOMBRES Y LAS COSAS POR SUS NOMBRES, sin prestar mi nombre de caballero liberal para persecuciones partidaristas hasta el sectarismo que repudian los buenos.

No quisiera yo perder tiempo en analizar la última producción periodística del señor Edwards Matte. ¡Tengo tantas materias más interesantes de que escribir relativas al Ministerio Legislador!

Pero he decidido refutar a mi ex-correligionario, con abuso de la hospitalidad de "La Nación", sólo para poner en evidencia, con beneficio del público lector, que carece de interés, que llena cuartillas por escribir un mal artículo al día.

Nada me cuesta seguir al publicista cotidianamente por el camino irónico, nada. Soy aficionado a tal estilo. Y el tema se prestaría para dar rienda al espíritu travieso que suele retozar, dando descanso a tristezas filosóficas naturales de la época, en el fondo de mi sér.

Los momentos son tan graves, por la perturbación que introduce en todos los órdenes de cosas el Gabinete Legislador, llamado justamente a armonizar los intereses generales, que prefiero expresarme en serio, siquiera a medias. Cuesta contestar a mi contrincante de hoy, sin acordarse de Max Lillier, escritor.

Dice el inquisido señor Edwards que mis opiniones sobre hombres agriados en virtud de una excesiva suficiencia, afecto: a dictar leyes a granel para hacer sentir que ellos mandan hoy por hoy. le recuerdan frases del señor Alessandri cuando candidataba: (La última expresión pertenece al escritor nada estilista a quien im-

pugno. Escribo mal, pero no tanto!)

O el señor Edwards es muy poco inteligente o está manifestando algo que no traduce su sentir y que no debería por tanto dar a la publicidad.

¿Se imagina de veras el publicista del "Ilustrado" que yo aspiro a alguna candidatura?

Difícil sería creerlo. Está en conocimiento de todos los dirigentes unionistas que desistí de presentarme por Cautín. Ellos me rogaron que diera la batalla hasta el día de la elección. Mas cuando yo sabía que triunfaba la Alianza. Lo consigné por carta.

Mi deseo de no pertenecer al Senado llegó hasta el punto de no inscribirme en los Registros Electorales para tener voluntariamente algún pecado original que impidiera mi ingreso a la Cámara Mayor en calificaciones por mayoría aliancista la cual habría de objetar esa falta de un requisito civil indispensable del parlamentario.

Aunque mi palabra de aristócrata de verdad bastaría para las personas cuya opinión me importa crear lo que expongo, cito en testimonio de mi aserto a los amigos Jorge Matte, Manuel Rivas Vicuña y Miguel Letelier porque le pedí con tiempo que se presentaran, en mi reemplazo, por Cautín. Podría apelar también al testimonio de mis íntimos, de otros amigos, de don Luis Larraguibel por ejemplo, en el sentido indicado.

También insinúa don Ismael, con insidia impropia de liberales que yo hubiera deseado ser ministro en el Gabinete actual...

¿De donde saca eso? ¿Lo dice por el puro gusto de escribir a diario en el órgano conservador? ¿No dá para más su desgraciada fantasía?

Todos mis amigos están al tanto de mi actitud, modesta cuanto serena y honrada, durante los acontecimientos de Setiembre.

Alejado de la política por mi gusto, miro desarrollarse los sucesos con gran filosofía sin mezclarme en nada, a pesar de tener buenos amigos entre los mejores jefes del Ejército y de la Armada—debo recordar que fui cadete de la Escuela Militar y que traté mucho a los marinos durante veintitantos años de vida porteña. Eso sí que sentí temor al conocer la composición ministerial, de que el generoso movimiento se frustrara por la obra de las ambiciones personales. Los hechos han justificado bien este temor, de sobra!

Una sola vez escribí a un miembro de la Junta de Gobierno, al Almirante Nef.

En la post-data le indiqué el nombre de un Ministro de Hacienda guardador: el de mi amigo Lautaro Rosas.

Aunque me hubieran ofrecido un Ministerio no lo habría aceptado por dos razones principales, una de escolástica política, permanente entonces, y otra de oportunidad:

1.º Porque yo no podía pertenecer a un Gobierno que no fuera representativo. No soy liberal sólo de nombre...

2.º Porque si lograra acallar esos escrúpulos de ciudadano sincero, de hijo de una República libre y, por esencia, nobilísima ¡cosa imposible! me habría negado a ser complaciente colega de personas no alejadas de la política funesta y de gestores de intereses comerciales en un Gabinete de facto que debería obrar por sí y ante sí.

Me tomo la libertad, hablando mucho de mi persona esta vez, ya que repelo un ataque contra ella, siempre menos de lo que habla de la suya el señor a quien replico; me tomo la libertad de recordar que acepté la cartera de Hacienda en el Gabinete Rivas Vicuña-Izquierdo solamente para que no se me hiciera el reproche de criticar los manojos financieros

ros y de no asumir, llegado el caso, la responsabilidad de su difícil dirección.

Salir del Ministerio constituyó un gran alivio para mí. Me sentía a los cuarenta y tantos años, un colegial castigado injustamente que logra escaparse de las aulas... El Presidente Alessandri tuvo la gentileza de pedirme que conservara la cartera. Mi amigo don Armando Jaramillo sabe que así fué.

El señor Edwards, Matte, don Ismael, se extraña que llame "anémico" al partido en que milité hasta hoy ¿No le gusta la franqueza ajena? Pues tengo mis razones para calificarlo así. Estímelas el lector. En Cautín no encontré sino un liberal unionista y más de nombre que en el hecho (lo cansan a morir, lo diré de pasó, los artículos de don Ismael). Además el partido Liberal Unionista no aportó más que dependencias a mi elección de senador.

Ahora, en Santiago, el partido Liberal Unionista es débil, tanto que no puede subsistir electoralmente sin el apoyo de los aliados; es anémico por tanto. Es anémico como es estético el modo de escribir del señor Edwards que lo representa en las gestiones modificadoras del momento.

Permítame el lector tan benévolo una digresión de Juan Duval, ya que a ese pseudónimo mío aludiera el articulista que a contestarle me obliga. Así, trasponiendo, diría él.

El señor Edwards es un escritor estético. Escribe así:

¿O no?, dice el lector.

Yo digo que sí.

¿Quién dice que no?

¿El?

¿Usted?

¿Lo dirá el Prefecto?

¿El señor Vergara Robles lo dirá?

¿Lo dirá Moya?

Yo que sí digo.

Yo lo repito.

¿El lector dice que no?

¿Será verdad que no, dirá?

¡Ah!

¡Oh!

Prosigo mis impugnaciones al publicista de las líneas de epitafio, insisten e hasta la fatiga de los hombres de mediano gusto. Y llega a un capítulo interesante para mí, pues que estoy atacando a los cuatro Ministros legisladores sin control.

Don Ismael estima que mis ataques al Ministro de Obras Públicas son injustos.

Cuando publique la silueta del más joven de los Ministros legisladores, podrá contradecirle el señor Edwards. Ya veremos quién es mejor psicólogo!

Entretanto, afirmo que este Secretario de Estado es suficiente al cubo y ambicioso como él solo, justificadamente ambicioso. Lo afirmo porque lo estudié mejor que el

señor Edwards, antes de que fuera bombero y presidente de la T. E. A.

Otra prueba de que mi ex-correligionario escribe por escribir es que me reprocha un imaginario ataque al suficiente señor Dávila porque también presidía esa T. E. A. distinta de las de un entierro bomberil.

¡Pero qué gusto enfermizo de interpretar las cosas al revés!

Cité dicha circunstancia para dejar de relieves cómo el Ministerio interino no está compuesto de elementos ajenos a la política, nada más.

Está tan lejos de mi mente combatir a la juventud generosa de aquella asociación—nadie participaba como yo de los entusiasmos nobles de las generaciones juveniles—como el pretender alguna candidatura política.

Finalmente, está en un error el señor Edwards cuando alega:

"No es agratamente lo que encubren, con su manía legislativa, los señores Ministros: Lo que encubren es la acción de las fuerzas ocultas y responsables que junto al Gobierno actúan; las fuerzas que yo he pedido actúen públicamente, con plena responsabilidad..."

En realidad, las cosas se producen de otro modo. Los militares

tuvieron un programa que debió ser cumplido por un Gobierno constitucional. Los militares no están de acuerdo con la manía decretaria de los actuales Ministros de ocasión. Lo declaran sin ambages a la manera militar.

Tanto es así que deseaban la rápida convocatoria a una Asamblea Constituyente, legisladora en forma.

¿O no? diría el señor Edwards, según su costumbre cansadora.

Por fin termino mi difusa réplica. Fuera de escribir en estilo estético, el colaborador sin tregua de "El Diario Ilustrado" va resultando, tras mi análisis, un pésimo psicólogo, tan mal observador que, si vuelve a ocuparse malamente de mí, habré de verme obligado a emplear, para designarlo, algunas de las palabras que el impulsivo señor Alessandri le gritara durante cierto encuentro en la calle de Teatinos, palabras criollas y expresivas por demás, bien merecidas esta vez.

Y, por cierto, no estaría candidato, porque un micrómano escritor me obligaba a claridades de calibre excepcional.

R. V.

Santiago, Noviembre 20 de 1924.